

ROSI BRAIDOTTI, *Sujetos nómades*. Buenos Aires, Argentina, Paidós, 2000.

En el presente libro, Rosi Braidotti acuña una nueva figuración para la subjetividad feminista de la mujer: la *nómade*. De este modo, al igual que hiciera Teresa de Lauretis con «el sujeto excéntrico» o Wittig con «la lesbiana», pretende hacer referencia a un estilo de pensamiento que evoca o expresa salidas alternativas a la visión falocéntrica del sujeto.

El nomadismo se refiere al tipo de conciencia crítica que se resiste a establecerse en los modos socialmente codificados de pensamiento y conducta. En este sentido se identifica con «los viajes nómades» de Deleuze, quien, sin idealizarlos, logra implicar una disolución total de la idea de centro y, por consiguiente, de la noción de sitios originarios o de identidades auténticas de cualquier tipo. El sujeto nómade es una ficción política que le permitirá analizar detalladamente las categorías establecidas y los niveles de experiencia, y desplazarse por ellos desdibujando las fronteras sin quemar los puentes.

El libro se presenta en tono autobiográfico, que puede entenderse como el modo que tiene Braidotti de hacerse responsable de las representaciones nómades que interpreta en el texto. Se trata de metáforas que desplazan y condensan zonas completas de su existencia; es un mapa retrospectivo de los lugares en que ha estado.

La autora aborda la «filosofía del como si» no como un rechazo al estilo de Deleuze, sino como una afirmación de fronteras fluidas, una práctica de los intersticios. De este modo, desde el momento en que postula una conciencia radical como condición previa, se compromete a abordar cuestiones relacionadas con la repetición, la diferencia y la subversión de los códigos dominantes que exigen esquemas de explicación más complejos. Y es aquí donde entra en juego la estrategia de la «mimesis» de Irigaray. Al modo que hiciera Laurie Anderson en su ingeniosa práctica del *como si*, nuestra autora perfecciona el arte de la reversibilidad afirmando que «[...] no es la parodia lo que habrá de dar muerte a la postura falocéntrica, sino más bien el vacío de

poder que la política paródica puede llegar a engendrar»<sup>1</sup>.

El políglota es un nómade lingüístico. El políglota es un especialista en la naturaleza engañosa de la lengua, de cualquier lengua. Las palabras tienen una manera de no permanecer inmóviles, de seguir sus propias sendas. Van y vienen persiguiendo estelas semánticas preestablecidas, dejando tras de sí huellas acústicas, gráficas o inconscientes. El psicoanálisis lacaniano nos muestra que no existe eso que llamamos «lengua materna», que todos los idiomas llevan el apellido del padre y tienen el sello de su registro. Foucault sostiene que el sujeto es una multitud de fragmentos que se mantienen unidos gracias al adhesivo simbólico que es el apego al orden falocéntrico o la identificación con él. Por ello, el políglota, al estar situado entre dos lenguas, está colocado en un punto ventajoso para deconstruir la identidad. Así, no hay lenguas maternas, sólo sitios lingüísticos que uno toma como su punto de partida. Ahora bien, el concepto de políglota no es más que una metáfora, una figuración. Uno puede ser políglota aunque no hable más de un idioma. La escritura tiene que ver con desarticlar la naturaleza sedentaria de las palabras, desestabilizar las significaciones del sentido común, deconstruir las formas establecidas de la conciencia. De este modo, los escritores pueden ser políglotas dentro de la misma lengua.

El nomadismo consiste no tanto en carecer de hogar como en ser capaz de recrear el propio hogar en cualquier parte. De este modo, Braidotti se opone a la imagen de la mujer como *exiliada*<sup>2</sup>, pues siguiendo a Adrienne Rich y de acuerdo con Teresa de Lauretis, piensa que las generalizaciones sobre las mujeres deberían reconsiderarse prestando atención a las diferen-

<sup>1</sup> p. 35.

<sup>2</sup> Desde Virginia Wolf, pasando por Cixous e Irigaray, se ha identificado la identidad femenina con una especie de exilio planetario: lo que tenemos en común todas las mujeres es un sentimiento de carencia de hogar, de carencia de país, de ausencia de un punto común de anclaje.



cias entre mujeres y explicándolas. Así, tacha de etnocéntrica a esta imagen y a la de la *migrante* pues cree que enfatiza la falta de entendimiento entre las mujeres de razas y culturas distintas. El nómada no representa la falta de un hogar ni el desplazamiento compulsivo; es más bien una figuración del tipo de sujeto que ha renunciado a toda idea, deseo o nostalgia de lo establecido: «Es muy bueno tener raíces, mientras uno pueda llevarlas consigo» (Gertrude Stein).

Mientras que Benhabib piensa que no es posible legitimar ninguna crítica, ni política ni social, sin alguna creencia en un espacio utópico<sup>3</sup> de crítica, Braidotti se opone a esta figuración de exilio marginado porque piensa que la normatividad del régimen falocéntrico está más allá de toda reparación. El nomadismo activo es la caracterización más adecuada para la subjetividad postmoderna porque supone un gesto de falta de confianza en la capacidad de la *polis* para desarticular las bases de poder en las cuales se apoya.

El nómada sólo está de paso: él /ella establece esas conexiones necesariamente situadas que lo/la ayudan a sobrevivir, pero nunca acepta plenamente los límites de una identidad nacional, fija. El nómada tiene un sentido agudo del territorio, pero no de su posesión. Siguiendo a Donna Haraway, uno debe situarse en algún lugar para poder hacer enunciaciones de valor general. Por consiguiente, el nomadismo no es fluidez sin fronteras, sino que consiste más bien en una aguda conciencia de no fijación de límites. Por último, para ratificar esta idea, dice la autora que, de hecho, la noción del «nomadismo» se le hizo visible y pudo expresarla sólo cuando estuvo lo bastante situada para captarla verdaderamente.

Así pues, aunque en principio pudimos caracterizar su propuesta como postmoderna, descubrimos que la autora no pierde de vista que los protagonistas del llamado pensamiento postmoderno son varones y, por tanto, lejos de idealizarlo románticamente, adopta ante él un papel inconfundiblemente crítico. En primer lugar, se

muestra escéptica con la idea de que la crisis de valores se produce simultáneamente con la aparición histórica del feminismo. Y en segundo lugar, es especialmente crítica respecto del surgimiento de nuevas imágenes de lo femenino como el prototipo de esa identidad escindida, fluida y multicentrada que el postmodernismo pretende favorecer.

Los pensadores de la persuasión subversiva —como Foucault o Deleuze— forman parte de la izquierda intelectual que ha sido históricamente rechazada en favor de cualquiera de las formas del neopositivismo o de tibio liberalismo por las que pasamos hoy. Esto implica que aquellos lugares en los que ha de prolongarse el pensamiento postestructuralista son no filosóficos o extrafilosóficos. De este modo, piensa Braidotti que el feminismo es uno de los foros donde podría continuar desarrollándose la esencia del debate postestructuralista: es una de las vías de escape para las ideas que de otro modo terminarían por extinguirse. Así, considera más bien que «las condiciones mismas que los sujetos dominantes conciben como factores de una ‘crisis’ de valores, constituyen para mí una apertura a nuevas posibilidades»<sup>4</sup>. El nomadismo es una invitación a desidentificarnos del monologismo falocéntrico sedentario del pensamiento filosófico, y una invitación a comenzar a cultivar el arte de la deslealtad a la civilización que propone Adrienne Rich.

Para iniciar un proyecto epistemológico del nomadismo es necesario, antes que nada, reconectar las raíces corpóreas de la subjetividad. El cuerpo debe entenderse como un punto de superposición entre lo físico, lo simbólico y lo sociológico. De este modo, se define claramente antiesencialista y define el sujeto mujer como el sitio de un conjunto de experiencias múltiples, complejas y potencialmente contradictorias, definido por variables que se superponen tales como la clase, la raza, la edad, el estilo de vida, la preferencia sexual y otros.

Es necesario reafirmar la fundamental falta de simetría entre los sexos como la base para una

---

<sup>3</sup> Utopía en sentido literal significa «ninguna parte» o «ningún lugar».

---

<sup>4</sup> p. 27.

ética postmoderna que tenga en cuenta el fenómeno de los «órganos sin cuerpos»<sup>5</sup>, como el elemento básico de nuestra propia historicidad, y al mismo tiempo rechace su aspecto perverso.

En este sentido, dice Braidotti: «[...] me temo que la deslocalización de las diferencias sexuales, el nuevo hiato que se abre entre la reproducción y la sexualidad y la apropiación biotecnológica de la procreación, se den precisamente en el momento histórico en que las mujeres han reivindicado explícitamente el control político sobre su cuerpo y su sexualidad»<sup>6</sup>.

La situación del biopoder podría significar que las mujeres corran el riesgo de involucionar desde la heterosexualidad compulsiva impuesta por el vínculo homosocial masculino hacia la alta tecnología reproductiva. «Pasáramos del período neolítico a la era postindustrial, saltando por encima de la etapa más importante; el proceso de devenir sujeto llevado a cabo por las mujeres»<sup>7</sup>.

Para las feministas nómades el desafío consiste en descubrir cómo conjugar la perspectiva multiestratificada multicultural con la responsabilidad ante y por su género. Y el relativismo postmoderno es una trampa por cuanto socava las bases de posibles interalianzas o coaliciones políticas.

El/la nómade es un «ciborg», pero que cuenta además con un inconsciente. Es lo «mucoso» o «divino» de Irigaray, pero dotado de perspectiva multicultural. Una de sus tareas históricas consiste en descubrir cómo recuperar un sentimiento de intersubjetividad que permita el reconocimiento de las diferencias para crear un nuevo tipo de vínculo de una manera inclusiva. Una de las maneras que tienen las feministas de poder visualizar esta perspectiva multidiferenciada y situada es mediante la imagen de múlti-

ples culturas, esto es, una especie de colectivo que llega a ser políglota. Las feministas necesitan llegar a manejar fluidamente una variedad de estilos y ángulos disciplinarios, y en muchos dialectos, jergas y lenguas diferentes, para renunciar así a la imagen de hermandad en el sentido de similitud global de todas las mujeres en cuanto segundo sexo, a favor de un reconocimiento de la complejidad de las condiciones semióticas y materiales en las cuales operan las mujeres.

«Llamo 'ética de la diferencia sexual' —adaptando el concepto propuesto por Luce Irigaray— a un proyecto nómade feminista que da lugar a las contradicciones internas e intenta negociar entre las estructuras inconscientes del deseo y las elecciones políticas conscientes. En este sentido, el feminismo es una forma de conciencia múltiple de las diferencias»<sup>8</sup>.

El feminismo es una práctica, así como un impulso creativo, que apunta a afirmar la diferencia sexual como una fuerza positiva. El nuevo sujeto nómade feminista que sostiene este proyecto es una entidad política y epistemológica que debe ser definida y afirmada por las mujeres en la confrontación de sus múltiples diferencias de clase, raza, edad, estilo de vida y preferencia sexual. De acuerdo con esto, el feminismo actual sería la actividad destinada a articular las cuestiones de la identidad del individuo, del cuerpo y del género con las cuestiones relacionadas con la subjetividad política, y, por tanto, tal articulación afectaría a la misma legitimación epistemológica del conocimiento.

MERCEDÉS LÓPEZ JORGE  
Centro de Estudios de la Mujer  
Universidad de La Laguna

<sup>5</sup> Desde el carácter intercambiable de los órganos a la simetría de los sexos asistimos a la rehabilitación de una de las fantasías patriarcales más persistentes. «La fantasía de la simetría sexual es muy vigorosa en el imaginario cultural de este fin de siglo, en el que triunfa la imagen del cuerpo andrógino, asexual, angelical y unisex», p. 104.

<sup>6</sup> p. 106.

<sup>7</sup> p. 106.

<sup>8</sup> p. 71.